







RAMÓN COTE BARAIBAR

ANTES DE AYER

Ramón cote baraibar

Antes de ayer



Colección
Lima Lee




RAMÓN COTE
BARAIBAR

Ramón Cote Baraibar

Nació en Cúcuta, Colombia, en 1963. Es historiador del arte de la Universidad Complutense de Madrid. Ha publicado los libros de poesía *Poemas para una fosa común* (1984), *Informe sobre el estado de los trenes en la antigua estación de Delicias* (1991), *El confuso trazado de las fundaciones* (1992), *Botella papel* (1999), *Colección privada* (2003), *No todo es tuyo, olvido. Antología* (2007), *Los fuegos obligados* (2009) y *Como quien dice adiós a lo perdido* (2014). Además, es autor de *Diez de ultramar* (1992), *Antología de la poesía contemporánea colombiana* (2017). Ha publicado libros de cuentos como *Páginas de enmedio* (2002) y *Tres pisos más arriba* (2008). También ha publicado los cuentos infantiles *Feliza y el elefante* (2008), *Magola contra la ley de la gravedad* (2010) y *El gato izquierdo* (2012). Asimismo, es autor de la biografía *Goya. El pincel de la sombra* (2005). Ha obtenido el premio de poesía Casa de América, por su libro *Colección privada* (2003) y el XXIII Premio Unicaja de Poesía, por su libro *Los fuegos obligados* (2009).

Antes de ayer

Municipalidad de Lima

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Christopher Zecevich Arriaga
Subgerente de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Concepto de portada:
Melissa Pérez

Diseño y diagramación:
Andrea Veruska Ayanz Cuéllar

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Festival Internacional Primavera Poética

Harold Alva Viale
Presidente de la Organización

Comité Consultivo
Carlos Ernesto García (El Salvador)
Roberto Arizmendi (México)
Omar Aramayo (Perú)
Leopoldo Castilla (Argentina)
Omar Lara (Chile)

Director Cultural
Sixto Sarmiento Chipana

Asesor de comunicaciones
Luis Miguel Cangalaya

Jr. Buenaventura Aguirre 395.
Of.: K. Barranco, Lima.

https:/web.facebook.com/fipperu2019/

Lima, 2020

Esta publicación es un esfuerzo entre la Municipalidad de Lima y Primavera Poética para las ediciones de la colección del programa Lima Lee.

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

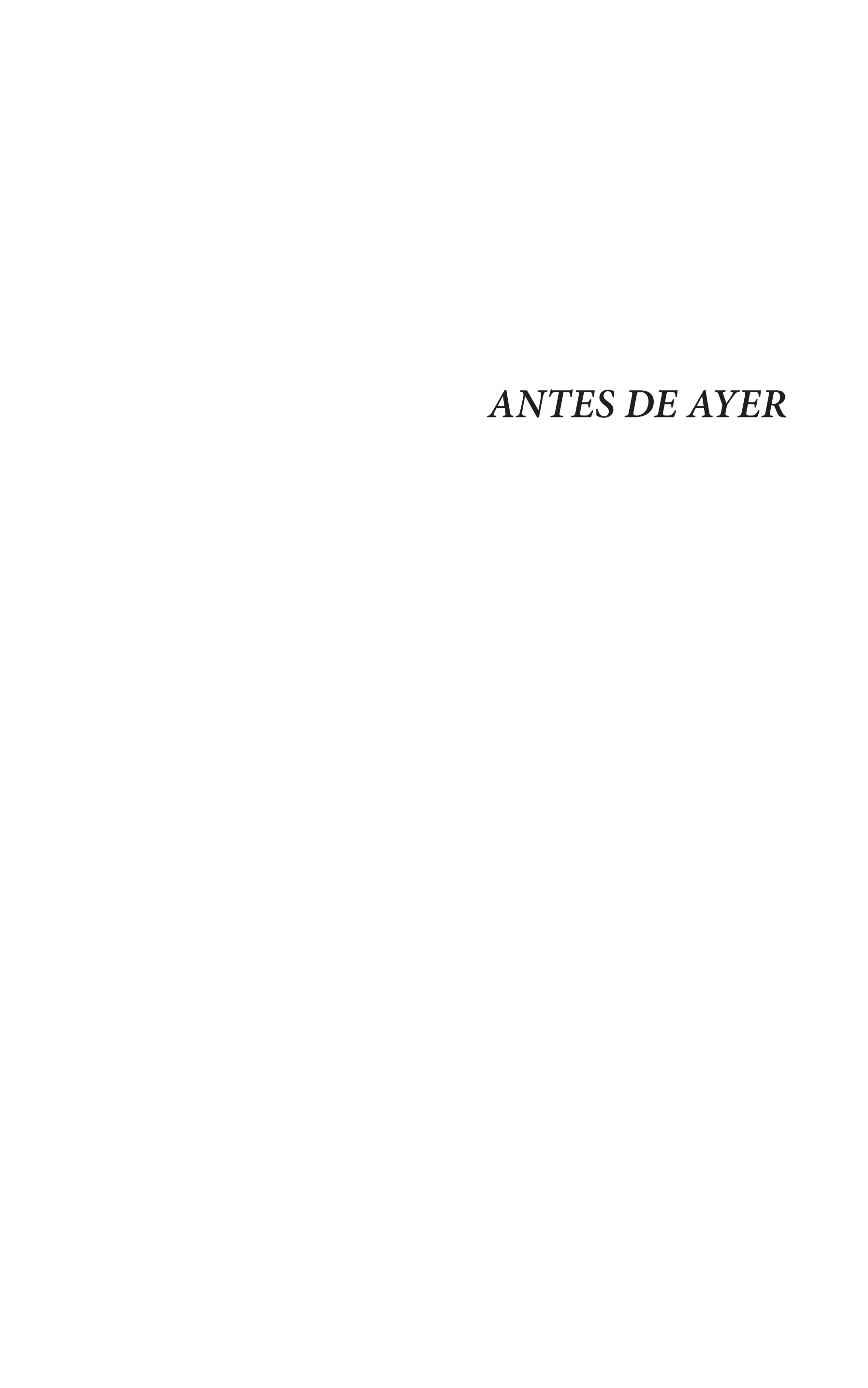
La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima



ANTES DE AYER

POEMA QUE RECUERDA A CARL SANDBURG

Ayer

un bus con delgadas líneas

verdes

pasó por toda la carrera trece

con las ventanas

caídas en desorden,

como las medias de las niñas

al salir del colegio.

Se fue con su viento

elevando a todo lo largo

una canción de risas,

de apresurada y espontánea fugacidad.

Fue lo más dulce

que pudo tener alguna vez

las dos de la tarde.

EL QUE VUELVE A LO PERDIDO

Para Claudia Gallego

El que vuelve a lo perdido
permanecerá de pie junto a lo intocable.

El que intente crear el encantamiento
caerá derrotado.

El que desee de nuevo esa música
que se despida para siempre.

Ya las palabras no durarán
el tiempo que tarda una mosca

en recorrer una lámpara,

ya no habrá sitio.

Por aquí pasó el tiempo y su túnica sin regreso.

RES DESOLLADA. REMBRANDT

Para Antonio López Ortega

Cómo sabes que me corrompe el aire.

Por qué te enamoraste de mí ahora que cuelgo
y enumeras cada una de mis costillas,
y con detenimiento observas los nudos de mis tendones
como si me hubieras visto alguna vez pastar entre los campos.

¿Acaso te reconoces en mis heridas?

Si esto llegara a ser cierto, hermano mío, entonces
déjame abrirme en carne viva
para mostrarte mi fragante entrada a la muerte.

Termina de una vez por todas, pintor de cara triste,
mira que muy pronto me llamarán pestilente
y me convertiré en la atracción de todas las moscas
de este matadero de Amsterdam.

EL MUNDO DE CRISTINA. ANDREW WYETH

Es poco lo que sabemos de ti: que tu provincia se reduce a una casa de madera y a un granero situados en lo alto de una colina, que en los veranos tienes por costumbre contemplarlos a tres pájaros de distancia, apoyando tus brazos sobre la tierra como un templo al que se le hubieran torcido las columnas de los extremos, que allí, entre los tallos de trigo, no te visitan ángeles, sino cientos de saltamontes, que tienes polio y que te llamas Cristina.

Si estos datos parecen suficientes, entonces por qué nos equivocamos durante tantos años creyendo que el día en que nos dejaras ver el color de tus ojos revelaríamos tu misterio, en lugar de pensar que las contadas cosas que miras detenidamente, levantando la cabeza como una corza en la colina, te bastan de sobra para vivir.

CEREZAS & GRANIZO

A María Baranda

Todo sucedió en la primera semana de marzo
cuando por fin cayeron las cerezas.

Y no cayeron por maduras, por redondas, por rotundas,
cayeron por culpa del granizo y su inexplicable cólera.

Después de la tormenta, sobre la compacta blancura del parque,
empezaron a brotar, aquí y allá,

mínimas manchas de color púrpura,
como si fuera el vestido nupcial de una novia apuñalada.

Fue tanta la prohibición de febrero y la excesiva codicia

entre las altas ramas las que provocaron esa avalancha
de niños

a quienes no les importó cortarse los labios con esa
nieve de vidrio

con tal de poder reventar su piel entre los dientes.

Cuando pasados los años alguien les pregunte

por el definitivo sabor que los devuelve a la infancia,

no dudarán en decir que el sabor de las cerezas,

el sabor a venganza que tenían esas cerezas heladas,

y enseguida añadirán que todo sucedió un lejano
marzo,

en su primera semana, después de una tormenta,

cuando el granizo del parque se fue tiñendo de rojo,

como después su vaho, como las puntas de sus dedos,

como también su memoria, desangrándose, ahora al
recordarlo.

SERÁN TU ESPEJO

Toda ventana que te contenga
debes guardarla con cuidado.
Recuerda su exacta longitud,
la distancia que la separaba del piso,
la cortina, la manera de estremecerse
cuando alguien la golpeaba suavemente
con un eucalipto.
Precisa si al frente se hallaba otra ventana,
un árbol velado, una ciudad de ansiosas avenidas
serpenteantes, un patio oscuro
sometido por varios tubos inválidos.
Nunca las olvides. Si puedes
pasa al frente de cada una de ellas

para que siempre te reconozcan,

para que nunca te declaren su enemigo,

para que te devuelvan un poco de su lejana
transparencia.

LA CIUDAD DE LOS PUENTES AMARILLOS

Cuando llegas a tu casa por la noche

tienes por costumbre buscar esas monedas

que se han ido acumulando al fondo de los bolsillos

para armar con ellas mínimas torres

o altas columnas, según el día.

Quien desde la ventana de enfrente te vea

podría decir que pareces un mendigo

o un vulgar avaro que reúne con codicia

sus posesiones, aunque este no sea tu caso

y aunque a primera vista lo parezca.

Pero esas monedas de distintos tamaños y variadas

denominaciones son restos, gastados

testimonios que entregas y recibes diariamente,

y sin que tú mismo lo sepas alguien los va anotando

en su enorme libro de contabilidad,

para saber exactamente el precio que pagas

por cruzar esa ciudad de los puentes amarillos.

LOS OJOS SUICIDAS

Un salto y sería la muerte

Carlos Drummond de Andrade

Un balcón con vistas a cualquier
parte, un inocente cuchillo
guardado en el cajón de la cocina,
una plácida almohada de plumas,
una avenida por donde pasan
carros a gran velocidad
y buses de vez en cuando.

O también
el fuego de la estufa,

el amplio ventanal de un cuarto piso,
esa corbata verde que cuelga al fondo
del armario, una vacía botella de cerveza,
una medicina con fecha de vencimiento
caducada.

Es suficiente un mínimo desajuste,
un mal día, la noticia de una enfermedad
terminal, un adiós definitivo, unas cuentas
imposibles de pagar,
para que todo lo que nos rodea
cambie de signo y nos señale
su parte oscura, nos muestre su porción peligrosa,
para que veamos el revés del ángel,
en su caída, para que a nuestro alrededor
todo se convierta en una invitación al exterminio.

Unas tijeras, un par de cordones,
un interruptor, un cilindro de gas,
una bolsa plástica del supermercado,
un martillo.
Y así sucesivamente.

La lista es interminable
para los ojos suicidas.

QUÉ PÁJAROS SERÁN MEMORIA

Cuando pasado el tiempo la noche nos pregunte
por esa ciudad lejana de altos muros,
con sus solares de sábanas blancas
y de ropa sola, por su magnolio del patio
y sus caléndulas delirantes,
qué pájaros serán memoria.

Cuando pasado el tiempo la noche nos pregunte
por esa mujer que nos dio a probar el amor
y sabía a granizo, por el improbable color del cielo
de la infancia y por el tamaño de las ventanas
donde se estrellaban los colibríes,
qué pájaros serán memoria.

Cuando la noche solitaria nos pregunte
por este presente que mañana será pasado,
por lo que le ocurre a lo que no vemos
y padece, qué pájaros serán memoria.

MEMORIA DEMOLIDA

En mi memoria hay un jardín con magnolias
blancas y abiertas que aún huelen
a estrella húmeda, barrios que fueron furias
de amor, delgados afiladores de cuchillos
que avisaban su llegada haciendo sonar
sus dulces flautas de guadua. También un secreto
circuito de ranas de metal en los andenes
que me llevaban a una ventana
donde cada tarde se postergaba el paraíso.

Pero nada de lo que nombro hoy existe.
En esta ciudad que desde el amanecer
va demoliendo casas, va borrando recuerdos,
va eliminando referencias que impiden
el trayecto normal de los pasos,
busco en este momento con los ojos cerrados
esa ciudad, ese barrio, ese magnolio,
para recuperar algo de ese que fui, ese que recorría
por horas los muros sin caerse, ese que jugaba fútbol
hasta muy tarde en las calles en penumbra,
ese que hace años sin tomar impulso
saltó de pura felicidad los rieles del tren,

brillantes los ojos,
después de haber abierto por primera vez
la ventana y entrado al paraíso.

Pero de esa ciudad nada queda,
ni el rastro, ni el perdón del recuerdo.
Apenas perdura una carrilera que ni siquiera es capaz
de llevarme a lo perdido.

AVISO DE TORMENTA

Pasan las horas de la tarde y este gris
acumulado durante semanas no se decide
a ser tormenta.
Por todas partes de la ciudad se siente un presagio
de trueno, por todas las esquinas se huye
de su amenaza de metal,
como de un temible cuchillo.
Quizás eso explique el esquivo
perfil de sus habitantes, el retroceso
de palomas en los parques,
el angustioso pregón de los loteros y hasta la
impaciencia
de los vendedores de paraguas.
Sucede que de su veredicto depende
tanto cautiverio. Basta una advertencia,
un tácito relámpago rasgando el cielo
para que Bogotá sea limitada y muda,
y para que los cerros del oriente,
que parecían protegernos,
se conviertan en cómplices de su resonancia.

Así se vive en esta ciudad de las alturas:
esperando que pase lo peor
y llegue el día en que todos
podamos habitar la merecida inmensidad
del azul que desde hace siglos se nos niega.

TEMPLO PORTÁTIL

A Fabio Morábito

Si quieres hacer tuya cualquier esquina
acerca a la ventana más próxima un asiento
para detener el desorden de las horas.

Si ya escogiste ese preciso lugar de la casa
donde habitas, entonces enciende una vieja lámpara
que ilumine el perímetro de tu nuevo territorio.

De esa manera no será necesario que disimules
tu condición errante cambiando los muebles de sitio
o llenando las mesas con fotos familiares.

Pronto descubrirás la necesidad de estar allí,
inmóvil, rodeado de fugacidad y permanencia
en tu península con su faro solitario.

Sea cual sea el lugar donde te encuentres
sabrás que cada noche tienes una cita
en ese reducido espacio que amplía sus fronteras.

No habrá palacio que lo iguale
ni monumento de mármol que lo imite:
este será tu palacio y tu monumento.

Pasarás las semanas sucesivas sabiendo
que ya cuentas para el resto de tu vida
con un lugar que solo a ti te pertenece.

Basta elegir una esquina cualquiera, una mínima
ventana, un asiento y una vieja lámpara
para que viajes por el mundo y puedas repetir

tu ritual nocturno en tu templo portátil,
acompañado por tus dioses domésticos. Así nunca
te sentirás extraño en ninguna parte de la tierra.

LUNA DE SEPTIEMBRE

Ahora que entra septiembre sin hacer ruido,
como si viniera descalzo de madrugada,
y vuelvo a ver su luna naciente alzarse en el cielo
afilada y vigilante, desenvainando sin violencia
tan nítidamente su metal
sobre todas las cosas y regiones de la tierra,
recuerdo mis súplicas desde una terraza
hace ya bastantes años, temeroso y solitario
pero al fin feliz,
rogándole al primer dios que me escuchara
que nunca terminaran sus días,
porque sabía que muy pronto llegaría octubre
con su costumbre de arrasar con todo.

Eran las únicas horas del año en las que la oscuridad
parecía estar de mi lado, y dejaba de llamarme huésped
para decirme habitante. Durante ese mes tenía en la
terraza
un telescopio, montones de cervezas y sonaba como
nunca
la voz de Billie Holliday,
hasta que reconocía en la garganta la llegada del

amanecer
por su ardiente exhalación de magnolias,
y veía entre lágrimas las bandadas de golondrinas
fugarse de los aleros para estremecer a ráfagas
el aire frío de la mañana.

Por ausente que esté, por distante que permanezca,
cada año que pasa asisto puntual a la cita
con la más hermosa de las lunas, la luna de septiembre,
porque al mirarla nuevamente en la noche
su acero se vuelve a derretir con dulzura
dentro de mi boca, debajo de mi lengua,
y otra vez me invade ese extraño sosiego,
esa confianza que se convierte en fulgor, esa paz
que se hace luz, luz momentánea, pero duradera,
como esas lámparas que los propietarios
en los largos meses de las vacaciones
dejan a propósito encendidas
para indicar a los posibles intrusos
que la casa vacía permanece habitada.

TRÍPTICO EN PLAYA MARBELLA

A mis hijas
Alejandra y
María Antonia

hacia la luz alzados
Luis Cernuda

I

En la iluminada mañana de un domingo,
un padre cargaba en hombros a su hijo por la playa.

Mientras apretaba con su brazo un balón,
desde lo alto le señalaban a gritos el paso de un velero.

Ninguno de los dos sabía del daño que me hacían
al detenerse justo al frente de mi carpa.

Habría dado todo lo que fuera por ser capaz
de repetir con cada una de mis hijas

ese mismo instante, tener el fulgor sereno de su piel

y dejar en la arena oscura las huellas

de nuestros pasos. Entonces lloré sin que me vieran
en la sombra, bajo la lona agitada ferozmente por el
viento

al comprobar la abismal, insalvable distancia
que me separaba de alcanzar, algún día,

esa sencilla, pero dolorosa para mí, imagen de la
posteridad.
Estaban tan seguros, tan unidos, tan compactos,

uno encima del otro, amor sobre el amor encima,
nudo de cuerpos, ojos confiados, memoria pura,

ajenos a la bandera color naranja que advertía
hecha jirones, despedazada, los peligros de la marea.

Parecía tan fácil ser feliz ese domingo, ir en paz con el
mundo,
y tan imposible ver el mar sin amargura, sin
remordimiento.

II

Aquí estuve muchas veces pescando en este mismo
poroso espolón de piedras amarillas,

y caminé de niño por esta playa donde construí
castillos rodeados por un foso que arrasaba la marea.

También conocí la hora exacta en la que aparecían
los cangrejos de pinzas azules y la extraña costumbre

que tenía la corriente marina de avanzar siempre
en diagonal, empujando los cuerpos sin que lo supieran

hacia las piedras, como una mano que aparta
lo inservible. Cuántas veces vi la caída en picada

de los alcatraces, cada vez más ciegos, y pesados
cargueros al fondo
esfumándose lentamente en el océano.

Esto fue mío. Aquí estuvo mi infancia, esta fue mi arena
y mi cuerpo luchando contra estas mismas olas turbias.

A pesar de saber que aquí se conservan las señales
del paraíso, en aire y luz, memoria en carne viva,

parece que nada ni nadie puede salvarme
en este domingo doliente, cuando ni siquiera

la repentina aparición de los recuerdos puede impedir
que esta incesante acumulación de pérdidas,

de errores, de culpas, me arrastre este mediodía
como la corriente, hacia la espuma de los espolones.

III

Llegará el día en el que sea una celebración
estar vivo en esta playa de Marbella para ofrecerle

mis hombros a mis hijas y poder elevarlas
más allá del horizonte, brazos al fin

como alas y sombras de gaviotas en la arena.
Llegará el día en el que pueda mirar sin dolor al sol

del pasado y con amor al presente, para avanzar
juntos hacia la luz alzados. Entonces lloraré de nuevo

por estar a salvo, por haber desterrado lo oscuro, por
saber
que el tiempo también perdona y nos pertenece.

NOCIVA NOSTALGIA

Te parecerán oscuras, tal vez pequeñas esas tapias
cuando vuelvas al lugar donde viviste tus primeros años,
y al estar de nuevo en ese interior de casas blancas
buscarás sin quererlo en los antejardines esas hortensias
azules
y también el pino y entre sus ramas abolidas
verás surgir, transparente, su inconclusa casa de madera
llena de temerarios filibusteros, dispuestos al abordaje.

A pesar de la desolación reinante
te entrarán unas ganas enormes de llamar a los vecinos
por sus nombres para jugar un último partido de
béisbol,
pero solo te responderán esas mismas tapias, molestas
por despertar tantos recuerdos que tanto incomodan
y que para nada necesitan.

Si nadie te recuerda, si te consideran un extraño, un
intruso,
si desde las ventanas donde tantas veces te asomaste
te miran con desconfianza detrás de las persianas
polvorientas,

sabrás que es hora de alejarte. Para qué insistes, para
qué vuelves
si todo fue resplandor solo para ti y todo lo que venga
en adelante
será puro lamento, perverso polen de acacias
y nociva nostalgia.

Antes de irte observa el atardecer
llegar igual que entonces cuando su marea
avanzaba con su luz sobre cada uno de los ladrillos
de la entrada, rojo sumándose al rojo hasta la
exasperación,
en ese interior de casas blancas, ahora verticales de cal y
ausencia,
y así nuevamente verás hasta el final de tus días
esa maciza pelota de caucho que olía a petróleo
elevarse para tu desconcierto de un batazo inolvidable
por encima del pino y sus piratas y atravesar la avenida
y romper ese vidrio de esa ventana de ese remoto
colegio alemán.

Entonces, como si hubieras cometido el peor
de los delitos, partirás rápidamente de allí,
asustado pero feliz, y levantarás la mano

para llamar al primer taxi que aparezca
por cualquier esquina, apretando contra el pecho
ese mínimo botín de la victoria.

ORCHHA

A Santiago Gamboa

Escucha viajero cómo resuena
la noche en la oculta ciudad
de Orchha. Las cigarras y los jazmines
giran en el aire igual que los tambores
veloces y las ligeras voces lejanas.

Ya cuentas con los dedos de las manos
las horas que te quedan en la India
y después de todo lo que has visto
y que jamás podrás enumerar
sin que te falte la respiración,
solo te resta detenerte un momento

para empezar a agradecerle a esta tierra
todo lo que te ha ofrecido en abundancia.

Agradécele entonces,
si puedes con hermosas palabras, el tácito fulgor
de su luna y sus diamantes en el agua, su generosidad
por haberte permitido ver tantos templos,
tantas águilas tenues sobrevolando las cúpulas
de los palacios, el firme terracota de sus fuertes
y la frescura de los mármoles blancos
para el pie descalzo del peregrino.

El viajero que se ha detenido en la oculta ciudad
de Orchha debe escribir un poema
en el aire por todo lo cumplido,
porque le ha llegado el momento de cerrar los ojos
y soñar hacia adentro donde en un pozo profundo

irán cayendo como monedas de plata
esa multitud de imágenes que más tarde serán
la imagen imborrable de su propia vida,
el dibujo certero que ya nadie
podrá quitarle, por más que la muerte
o el olvido se la quiera arrebatar.

Antes de que empieces a saber
que todo viaje es una suma de asombros
y renuncias que van dejando su ceniza en los dedos
y un polvo dorado en la memoria,
escucha detrás de las celosías
a las cigarras susurrar entre jazmines.

Entonces
vacía tus bolsillos en las estrechas calles
de Orchha en esta, tu última noche

en la India, y baja al amanecer hasta la orilla
del río Betwa y despídete de los palacios
que apenas surgen en la niebla como envueltos
por el vaho de un dios,
con sus *chattris* en lo alto que parecen campanas
que pronto resonarán con el primer rayo de luz.

Los pasos que de ahora en adelante
des por el mundo llevarán a donde vayas
este encantamiento, porque quien una vez ha sido
deslumbrado por la belleza será para siempre
el más fiel y devoto de sus emisarios.

MIS CONTEMPORÁNEOS (O CRISIS DE IDENTIDAD TARDÍA)

Mirando la cara de mis contemporáneos
me extraña que yo aún no tenga
la cara de mis contemporáneos.
Me explico: cuando los veo en las fotografías
que aparecen en los periódicos o en las revistas
veo en ellos ya una resolución facial,
una contextura ósea, un aplomo, un cráneo definido,
pero cuando me miro no me veo así de ajustado,
de propicio, de sereno y seguro como los tiempos
mandan.

Pero al parecer este nunca va a ser mi caso
pues inevitablemente siempre salgo en las fotografías
con cara de perro perdido en una autopista,

con cara de decir adiós a lo perdido,
con cara de turista extraviado en Madrás,
con cara de llamarme Patricio, Bonifacio, Agustín,
Benigno, Arturo, Carlos Mario, Ismael, si no os importa.
Nunca como mis contemporáneos.

Envidio que sus fotos se repitan y se vean
iguales o parecidos a la edad y oficio que tienen. Yo solo veo
en mí lo que no es de mí. Es más, para ahondar en el error
no me reconozco ni a los veinte, ni a los treinta, ni a los cuarenta,
porque solo advierto el extravío, la carencia
o la equivocación y todos los que aparecen allí,
sobre ese pedazo de papel esmaltado, son tan distintos
que parece que se las hubieran tomado
a otra persona, a un desconocido, a nadie.

Sé que todos se aproximan a los cincuenta y ya es hora,
me digo, de adquirir cierta rotundidad o estremecimiento,
pero no lo veo en mí fácilmente. Algo se me oculta
en el que me dice que soy. Siempre me hace falta la foto
definitiva en la que al fin pueda decirme a mí mismo
que ese soy yo, uno de mis contemporáneos,
pero tal parece que existe una conspiración
para que eso no suceda. Una fotografía, una máscara
al menos, por favor. Y pensar que ni siquiera
he podido a lo largo de estos años hacerme un retrato
con mis propias palabras, pues estas, al revelarlas,
siempre salen borrosas. Eso nunca les pasa
a mis contemporáneos.

ÁRBOL EN CUATRO TIEMPOS

1. EL ÁRBOL DEL DESEO

Cruzan por encima, ligerísimas, bordadoras, y mi hija no sabe si esas bandadas de garzas son flechas disparadas desde una batalla remota o una extraviada promesa de ángel. Pero las señala, una a una, y las despide.

Después de recorrer todo el valle y anunciar como emisarios el final del día, a cierta distancia de su destino aminoran su marcha, se demoran en el aire. En espera de otras bandadas rezagadas giran alrededor del árbol hospitalario y planeando eligen, como si se tratase de un cortejo, su rama.

Reunidas en blancura, incapaces de contener por más tiempo su impulso, en su desordenado descenso dibujan aleteando al revés un árbol inmenso delante del árbol verdadero, un árbol tan desbordante como su espejismo.

En plena confusión de plumajes, ya cayendo, son en el aire el árbol que traían desde lejos palpitante, antes de cantar victoria entre las hojas.

2. EL ÁRBOL MUSICAL

Un canto sacude cada rama. Manchas blancas aturden la calma del atardecer. Como tijeras, sus picos van cortando el calor acumulado del día. De un extremo a otro se celebran los encuentros y corre por el valle una brisa sonora como si alguien sacudiera un bosque de bambúes.

Ya canta el árbol de las garzas, como un campanario de madera. Su algarabía incendia la primera estrella y las chicharras se contagian de azufre hasta el final de la noche.

3. EL ÁRBOL DE LA PÉRDIDA

Por solitaria, en la última rama, en la más alta de todas, una garza domina. Y es soberbia. Así lo proclama la doble curvatura de su cuello, vigilante de su ejército.

Al menor ruido, al detectar cualquier intruso, el árbol en estampida se muda con urgencia al aire y se disgrega toda jerarquía. Por todo el valle se escucha una blanca detonación bajo el cielo, como una ventana muda hecha pedazos, como una escafandra explotando bajo el agua. Dominado el desconcierto inicial, en un consenso misterioso, una parte de las garzas vuela hacia la izquierda y la otra se dirige en dirección contraria. Rodeando al árbol, en el silencio de su círculo, sagrado y blanco, se cruzan sucesivas, se entrelazan y repiten a ráfagas una y otra vez otro árbol, ese que nunca es suficiente, ese que se fuga de los ojos, ese que cantan todas las fábulas.

4. EL SUEÑO DEL ÁRBOL

Abrió los ojos el árbol, el árbol apartado que nunca esperó ningún reconocimiento y en lugar de tímidas flores en sus ramas vio garzas culminantes, delgadísimas como doncellas sonámbulas. Después, al cerrar los párpados, su sueño transcurrió en el centro de un jardín escuchando el canto de una fuente viendo girar reflejos blancos en el agua.

(UN MILAGRO MENOS)

Este año, María Antonia, no hubo blancas garzas planeando

por el valle, ni tampoco pudimos encontrar ese árbol generoso

que alargaba sus ramas a la espera de recibir,

como si fuera el arca del diluvio, su último aleteo.

Este año no vimos el cielo surcado de vuelos

ni el atardecer fue el mismo sin su formación

afilada, de flecha, y a las noches les faltaron

ese estremecimiento de pájaros al fondo,

ni tampoco pudimos escuchar la queja de sus picos

alternándose en el silencio, entre chicharras,

que repetían, cada uno a su modo,

el desobediente palpitar de las estrellas.

Este año no hubo nada que celebrar por el aire,
migración magnífica, oleaje de alas, motivo alguno.

Este año, hija mía, el mundo tiene un milagro menos.

PARA EMPEZAR EL AÑO

Llevas dieciséis años escribiendo

al lado de la misma ventana y en todo este tiempo

has venido rasgando con tu codo la tela del sofá

que ahora cubres con un modesto paño

para que las visitas no adviertan enseguida

el daño continuo que le has hecho al mobiliario de la casa.

Dos hijas, varios libros publicados, un matrimonio

y una biblioteca, cientos de noches

y miles de cigarrillos. Así, igual que entonces,

empiezas otro año con la misma costumbre,

considerando la posibilidad de llamar al tapicero

pero en ningún momento de cambiar de lugar

ni mucho menos de oficio.

Algo de todo esto habrá que valga la pena,

piensas, ya de noche, con un vaso en la mano repleto de hielo

al lado de esa ventana que te ha visto tantos años

hacer lo mismo en soledad, sin molestar

a los vecinos, escuchando las notas del piano

de las variaciones Goldberg —gran Glenn Gould—,

lector de cuello inclinado, fantasma entre el humo,

silencioso suicida.

MIS MUERTES

A los dieciséis años
uno de mis mejores amigos del colegio
se pegó un tiro en la cabeza
por una decepción amorosa.

A los treinta y nueve
mi más admirado profesor de Literatura
murió de hipotermia en un río,
por salvar a su perro que se ahogaba
bajo una engañosa capa de hielo.

A los cuarenta y cuatro
un poeta norteamericano, que acababa
de conocer, desapareció para siempre

en una remota isla al sur del Japón
por ver de cerca la boca de un volcán.

Muchos dirán con sangre fría
que la impaciencia del primero,
la extrema confianza del segundo
o el imprudente proceder
del tercero, fueron la causa determinante,
como si su explicación pudiera justificar
los resultados.

A lo largo de la vida
uno va acumulando muertes
y se empieza a pensar sin quererlo
en cuál de esas será la suya,
si será por amor, Sergio, por lealtad,
Eduardo, o por valentía,
Craig.

LAS FACULTADES DEL HALCÓN

Para Eduardo Chirinos. In memoriam

Aún faltaba un día para que empezara

el encuentro de poetas en Villahermosa,

allá en el sur de México y Eduardo me propuso

que lo acompañara a un zoológico ubicado en los límites

del estado de Tabasco. Caminando entre el aire tibio

y bajo el sol que secaba los pastos amarillos, vimos deambular

con natural mansedumbre varios elefantes,

alguna pareja de despistadas jirafas

que nos miraron con total indiferencia,

grupos de nerviosas avestruces y una manada de leones

que parecían como si estuvieran en su descanso laboral.

Contagiado por su extraña alegría que aumentaba

a medida que señalaba las facultades de un halcón,

que descubría a lo lejos un pájaro carpintero, que se detenía

ante un nido de víboras, que recordaba la etimología de la palabra

rinoceronte, que contaba las rayas de las hienas,

nos aventuramos a cruzar un endeble puente colgante

desde donde se veían a la orilla del lago

varios cocodrilos con la boca abierta

y micos que se balanceaban de una rama a otra

y pescados que huían velozmente al detectar

el ruido de nuestros pasos. Así siempre te recordaré,

Eduardo, cuando convertiste esa parte del estado de Tabasco

en una sabana del Chad, en una interminable llanura del Congo,

en una vasta planicie del Camerún, en una extensión

americana de Kenia, feliz de poder nombrar, catalogar
y enumerar cada uno de los animales de la tierra,
como si tu misión fuera la misma de Noé
a la entrada del arca.

MIS MUERTES

A los dieciséis años
uno de mis mejores amigos del colegio
se pegó un tiro en la cabeza
por una decepción amorosa.

A los treinta y nueve
mi más admirado profesor de Literatura
murió de hipotermia en un río,
por salvar a su perro que se ahogaba
bajo una engañosa capa de hielo.



Colección
Lima Lee

